

que, como simpáticos rasgos de la fisonomía materna, guardan la fe de Cristo en sus pechos y un mismo acento en sus labios.

Los dulces tiranos de las letras y del arte, los apóstoles de la virtud y del progreso, esos son, en definitiva, los únicos que vencen y conquistan el mundo. De todas nuestras magníficas hazañas, la que más ha sobrevivido es la marcha triunfal de nuestro andante manchego, llevando en la grupa de Rocinante la hermosa lengua que por antonomasia se llama lengua de Cervantes, hasta los más apartados confines del globo, cumpliéndose al pie de la letra la profecía del Manco inmortal. D. Quijote es el que ha conquistado el corazón de la humanidad, inspirándola hacia España una inmensa simpatía, cuyas poderosas palpitaciones repercuten hoy, con júbilo de apoteosis, en su suelo, cual voz amorosa que la consuela de sus pasadas desdichas. D. Quijote es también el que hoy nos une á todos los españoles en un estrecho abrazo de amor y de concordia que ojalá no se desate jamás.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

Catedrático de Lengua y Literatura castellanas en la Universidad de Barcelona

Barcelona, 9 de Mayo de 1905

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA

Y habiendo caído en tierra, oyó una voz que le dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—*Hechos de los Apóstoles. ix.*

I

Estas páginas no son un juguete de la imaginación, la obra de un vano capricho de la fantasía: son la relación sencilla, pero fiel, de algunas impresiones de juventud, la historia sincera de un sentimiento íntimo, pero grave, como todos los pensamientos religiosos, y que ha ejercido

una influencia protectora sobre la vida intelectual de un hombre oscuro á quien he conocido por casualidad; y sin embargo, acaso se encierra una gran lección en esta escena de soledad. Un joven, dotado de una grande energía de pensamiento, arrastrado por la naturaleza de sus estudios al torbellino de las ideas del siglo, reconoce de repente en la sociedad de algunos ancianos, pobres, olvidados, separados del mundo, la vanidad de las doctrinas que repelen los consuelos y luces de la fe. ¡Cuadro digno de más vastas proporciones y de un pincel más hábil, sería en verdad el que manifestase la incredulidad moderna luchando vanamente contra el poder creador y la palabra de Dios, en medio de las agrestes pampas del desierto y en presencia de las austeridades del claustro! No ha sido mi intención realizar un pensamiento tan grandioso al bosquejar estos recuerdos, cuya relación no he oído más que una vez, pero que nunca se borrarán de mi memoria. Con el religioso sentimiento que le anima, el hombre á quien debo estas preciosas confesiones me perdonará, sin duda, el que les dé una publicidad que creo útil, y que él por exceso de modestia no les daría nunca.

En estos términos se franqueó conmigo:

“¡Todavía no había yo cumplido diez y nueve años, y ya era viejo! ¡Ya había apurado la amarga copa de las alegrías y de los desengaños de este mundo! Habiendo casi mamado con la leche los más atrevidos dogmas de la filosofía del siglo XVIII, ciencia funesta, semejante á aquellos licores fuertes que embriagan y abrasan la sangre en las venas, á la vista de las miserias de mi tiempo había sentido marchitarse mi alma y embotarse mi razón en una sombría desesperación: así es que estaba abatido, agobiado por el peso de amargos recuerdos, porque ya no tenía esperanzas para esta vida, ni creía en las de la otra. Trabajador de poca fe y de poco valor, al principio de la jornada ya aspiraba al descanso de la noche, semejante á aquellas plantas tempraneras que no ven más que un los

y que caen antes del fin del día, inclinadas sobre su débil é infecundo tallo. Todavía no había cumplido diez y nueve años, y ya no creía en el porvenir..... ¡Oh! ¡todavía no había cumplido diez y nueve años, y ya era viejo!.....

“Los recientes sucesos de 1815 (1) habían destruído completamente las esperanzas de mi educación. Al principio me había dedicado á la carrera del foro, por obedecer al deseo de mis padres; pero circunstancias dependientes de los trastornos políticos de aquella época y que nada tienen que ver con esta confesión, me obligaron á abandonar todos los proyectos que había podido formar anteriormente sobre mi suerte futura, y acepté un empleo subalterno en la conservación de montes y plantíos en Grenoble. Por entonces, poco más ó menos, sancionó el Gobierno el restablecimiento de algunas casas religiosas; y en virtud de este acto de autoridad, que no fui de los últimos en criticar, los Cartujos que habían sobrevivido á las borrascas revolucionarias de Francia, entraron en posesión del célebre monasterio llamado la Gran Cartuja, que es el centro de esa antiquísima Orden.

“Poco numerosos eran: ocho ó diez Padres solamente, acompañados de algunos hermanos legos, volvieron de Roma, á donde se habían refugiado desde el año de 1790, bajo la dirección del Padre Procurador general de la Orden; volvieron á aquellas paredes, por tanto tiempo profanadas, y despojadas del esplendor que en ellas había acumulado la piedad de los pasados siglos. ¡Oh! ¡Cuál debió ser la profunda emoción de aquellos piadosos cenobitas, al saludar de nuevo, después de un destierro tan largo, las degradadas paredes de su patria religiosa, de la Jerusalén de su Orden! ¡Ah! la desolación reinaba allí, como en la otra Sión. La asoladora tempestad de las revoluciones parecía rugir todavía en su recinto, cuyos ecos, insultados

(1) Como la escena de esta relación pasa en Francia, los sucesos á que aquí se alude son la caída de Napoleón y la restauración de los Borbones.

por sacrílegas voces, habían olvidado los acentos de la oración y el armonioso són de las alabanzas del Señor. La casa conventual, allí en medio de los escombros que la rodeaban, parecía una viuda de los antiguos días, llorando, bajo el cilicio y la ceniza, sobre las tumbas de su esposa y de sus hijos. Se dice que apenas los religiosos pudieron alcanzar á ver á lo lejos el techo de la morada donde, en su juventud, se habían consagrado á Dios, cayeron de rodillas con santo y doloroso entusiasmo y derramaron copiosas lágrimas en los pedregosos caminos del desierto, porque á cada paso hallaban algunos recuerdos de otra época, conservados piadosamente en el destierro, como sagradas reliquias de una tierra bendita.

“¡Cuán mudados estaban los tiempos! El hacha había empobrecido aquellos hermosos y majestuosos bosques, tan bien cuidados en otros tiempos por los religiosos á quienes pertenecían: numerosos claros se descubrían en diferentes puntos, donde los solitarios iban antes á orar y á meditar bajo frondosas sombras. El habitante de las montañas, enriquecido con sus despojos, no iba ya, como antes, á recibir sus bendiciones; antes bien, los veía pasar guardando un sombrío silencio, agitado como estaba por los odios revolucionarios y por los vagos temores que había sabido sugerirle el espíritu de facción.

“Un acto muy natural, aunque algo inconsiderado, de aquellos Padres, ignorantes todavía del nuevo Derecho Público vigente en Francia, vino de pronto á dar un pretexto casi plausible á aquellas lamentables calumnias. Las casas de aquella comarca están cubiertas de tablas de pino, uso que con tanta frecuencia ocasiona en las aldeas de aquellas montañas terribles desastres; pero la dificultad de los transportes y la ausencia de todo otro medio local, no permiten absolutamente recurrir á una materia que ofrezca menos pábulo á los incendios. Cuando llegaron los religiosos á la Gran Cartuja, todos los tejados del Monasterio, abandonados por tanto tiempo, estaban enteramente

á teja vana. Es preciso haber habitado bajo el rígido clima de aquel cantón, situado á cosa de 2,000 toesas sobre el nivel del mar, invadido durante nueve meses del año por abundantes nieves, para formarse una idea de lo que la intemperie de las estaciones debió hacer sufrir á aquellos pobres religiosos. Creyó, y con razón, el Padre Procurador, que su primera atención debía ser poner á sus religiosos bajo abrigo, y á este fin, como en los tiempos en que la Orden era legítima propietaria de los bosques vecinos, hizo que sus donados cortasen cierta cantidad de pinos, de que al instante sacaron las tablas necesarias para componer los tejados del Monasterio.

“Los agentes de la dirección de montes y plantíos pusieron pleito á los religiosos, en nombre de la ley, y se opusieron á la continuación de sus trabajos. Como el negocio era tan grave, no quisieron las autoridades del Departamento tomarlo sobre sí, y por tanto hubo que escribir á París: un mes tardó en llegar la respuesta del Ministro, mes que los religiosos no pudieron emplear en guarecerse del viento glacial que por todas partes soplaba sobre sus cabezas. Mandaba el Ministro en su real orden que se sobreseyese sin demora en la demanda intentada contra los religiosos, y que se despachase al mismo tiempo, de carácter firme y conocida inteligencia, para hacerles conocer su verdadera posición, y entregarles la cantidad de madera necesaria para las reparaciones más urgentes. Deseábase, no obstante, que aquel agente supiese conciliar, en aquellas circunstancias, el rigor de sus deberes con el respeto y consideración que merecían los Padres: yo fui el comisionado para desempeñar este encargo.

“Salí de Grenoble en una hermosa mañana de Junio, y para poder penetrar á caballo hasta el Monasterio, tomé el camino de Sappey: animaba mi corazón una especie de orgullosa satisfacción, una alegría cruel, inspirada por la idea del poder de que estaba investido momentáneamente. Mis preocupaciones políticas y la de mi falsa filosofía, se

unían en mí para inspirarme los sentimientos más hostiles hacia los religiosos; la idea de que iba á estar en mi mano humillar á unos frailes, me causaba un inexplicable gozo. ¡Tan joven, pero inspirado por un odio frenético, iba yo, insensato, lleno de contento, y creyendo tributar homenaje á honrosos principios, á hollar el respeto que se debe á los años y á la piedad!..... El recuerdo del culpable designio de que poco después le plugo á Dios purgar mi alucinado corazón, ha abrumado muchas veces mi memoria con todo el peso de un remordimiento; pero muchas veces también he contemplado, repasando esta triste página de mi vida, por qué admirables sendas convierte la Providencia á las inmortales claridades de su ley, á los hombres que la maldicen en las tinieblas.

II

“Muchas descripciones se han hecho de la Gran Cartuja, pero todas, en mi concepto, han sido muy inferiores á la verdad: yo no creo que el arte pueda alcanzar jamás á la incomparable majestad de tamaño objeto: siempre la naturaleza, tan grande, tan fecunda en la terrible sublimidad que ha derramado sobre aquel desierto, se mostrará en él superior á las más nobles inspiraciones del genio, á sus más atrevidas, á sus más imprevistas concepciones. El arte queda mudo y estéril, admirado de su impotencia, en el seno de aquellas ásperas soledades, donde la mano del Criador ha sembrado tantos prodigios; y el artista, maravillado, se arrodilla en una piadosa y poética admiración, alzando sus ojos al Cielo, donde su pensamiento se eleva al eterno principio de toda armonía y de toda belleza. Las imperfectas y fugitivas imágenes de las admiraciones de un viajero en el seno de las vastas soledades alpinas, más bien que las sensaciones de un poeta, hé aquí lo que voy á procurar referir, en pocas palabras.

“La antigua voz del finés *Chartreux* (cartujo) significa literalmente *recluso*, y por extensión un desierto; sea

ó no sea exacta esta etimología, ningún monumento anterior á la llegada de San Bruno y de sus compañeros en aquel país, hasta entonces inculto y despoblado, puede atestiguar si los religiosos impusieron al país el nombre de su Orden ó si lo tomaron de él, punto poco importante *. El valle de la Gran Cartuja es una prolongación del de San Lorenzo del Puente, y está como encajado en una cerca de altas montañas calcáreas, cuyas cimas están cubiertas de nieves eternas. Penétrase en él por dos caminos, uno de los cuales, que corta el monte Eynard, ha tomado su nombre de la aldea de Sappey, constituida á la entrada del valle en la falda septentrional de dicha montaña: el otro pasa por San Lorenzo del Puente, lugar importante de que los Cartujos eran señores antiguamente. Por este lado ha prodigado la naturaleza las escenas más terribles: una senda angosta y casi siempre inundada por las aguas que provienen de las nieves derretidas, está por todos lados rodeada de horribles precipicios, en el fondo de los cuales rugen las aguas de los torrentes, cuya gran voz, repercutida por mil ecos, llena la soledad con su agreste armonía. Los peñascos que dominan aquel camino ofrecen en sus grietas y en sus infinitas quebradas, una elocuente tradición de alguna antigua lucha entre los elementos. Aquí se ven agudos picos que alzan sobre las nubes sus tristes y peladas cimas; allí vastas superficies, arrasadas por las tempestades de muchos siglos, extienden á lo lejos sus masas calcáreas desnudas de vegetación y de vida; más allá montañas cubiertas de la triste verdura de los pinos parecen salir como islas del seno de aquel inmovible océano, en el que borrascas más antiguas que el hombre han dejado estampados eternos rastros de su paso asolador.

* El Diccionario de la lengua castellana, en la definición de la voz *cartuja*, dice: “Tomó este nombre la Orden del sitio en que se fundó la primera casa.” Aquí se decide la cuestión que el autor de este artículo no se atreve á resolver.

“El camino de Sappey, que se sabe es el que siguió San Bruno cuando, inspirado por Dios, fue á descubrir aquel mundo entonces desconocido, ofrece más variedad de accidentes pintorescos, cuyo armonioso conjunto dispone el alma á otras sensaciones. Por esta parte, á lo menos, no se recorre ninguna zona absolutamente estéril; por doquiera la naturaleza, agreste y severa, ostenta también de cuándo en cuándo algunas sonrisas de verdura y de flores. Las laderas de la montaña que costea el camino están cubiertas de altos pinos, y las límpidas aguas del Guiers, que bañan su base y que cruzan sobre un puente de atrevida construcción, echado sobre dos elevadas peñas, para llegar á las puertas del antiguo solar de los Cartujos, vienen pronto á regocijar la vista y á mezclar su vago murmullo al de las perfumadas brisas que bajan de las alturas.

“Por el año de 1084, bajo el pontificado del célebre Urbano II, cuando ocupaba San Hugo la silla de Grenoble, un mancebo de noble estirpe fue con algunos de sus compañeros á fundar el monasterio de la Gran Cartuja. No podríamos recordar aquí en pocas palabras la patética historia de aquel Apóstol, reproducida en una serie de cuadros por Lesueur *, sin hacerla perder gran parte de su belleza: asunto es éste que reclama un trabajo particular y meditaciones especiales. Numerosas vicisitudes han herido aquel monumento del fervor de los tiempos antiguos: destruído por el fuego en varias ocasiones, completamente talado dos veces por los calvinistas, siempre se ha reconstruído sobre los cimientos echados por San Bruno, y todavía ofrece en algunos puntos vestigios de su origen; pero por todas partes la mano del tiempo, como la del hombre, ha estampado en él mudanzas que dan testimonio de las agitaciones de esta vida deleznable.

* Esta bellísima galería se halla en el Museo del Louvre, en París.

“El monasterio está fundado al pie de una alta montaña que describe á lo lejos una gran curva, de modo que, guareciéndolo de los vientos del norte, oculta su vista: es preciso estar ya muy cerca de él para verlo, y la cruz de su campanario, que parece como si se lanzase del seno del bosque, se ofrece como un signo de salvación suspendido allí entre el Cielo y la tierra. El monasterio forma un vasto polígono del que destierran toda regularidad las numerosas fragosidades del terreno: el claustro tiene cerca de trescientos pasos de extensión, y las celdas de los religiosos, dispuestas en sus paralelas, lo pueblan en toda su longitud. Varios pasadizos que desembocan en esta línea central, conducen á la sala capitular y á la iglesia, edificio que ocupa un plano elevado en medio de aquella muchedumbre de construcciones que dan á la Gran Cartuja el aspecto de un pequeño pueblo. Una columna de humo que traza en el aire un solitario surco, se alza de la cima del edificio; aquella es la única señal de la presencia del hombre en el seno de aquellas silenciosas paredes.

“La época del año en que atravesé aquella comarca, juntamente sombría y agreste, risueña y hermosa, debía presentarme grandes contrastes de temperatura y de vegetación que observé, y que dieron principio á aquella poderosa serie de sensaciones á que tuve la inapreciable ventura de haber sucumbido. Mientras que el verano, en todo el esplendor de su riqueza, ostentaba en el valle de Grésivaudan, en la falda meridional del monte Eynard, las pompas de la fructificación; cuando ya el cerezo y el albaricoque estaban despojados de sus deliciosos productos; cuando la vid, cargada de floridos pámpanos, trepaba robusta y risueña al rededor de los olmos, con arreglo al modo como se cultiva en aquella tierra, hallé en la falda opuesta una naturaleza perezosa que parecía que acababa de salir de un largo sueño. Antes de llegar al Sappey entré en un terreno cubierto de bosques; poco después me hallé en una elevada llanura en que empezaba á apuntar

el trigo, donde los cerezos estaban en flor, donde todavía no despleaban los árboles todas sus verdes galas: los floridos setos de ojiacanto parecían cubiertos de copos de nieve, y en las orillas de las zanjas y de los barrancos, á la entrada de los bosques, observé las campanillas de flexible tallo y los olorosos alielies que empezaban apenas á mostrar sus vivos matices entre el césped esmaltado de violetas.

(Concluirá)

Lecturas sobre el arte de educar

SEGUNDA PARTE

EL DISCÍPULO

Ya os dije, amigos míos, en los preliminares de estas lecciones, que todo hombre, en toda edad y situación, es susceptible de recibir enseñanzas, y, por lo tanto, puede apellidarse *discípulo*. Pero la edad más propicia para educarse es la misma en que se desarrollan naturalmente, hasta llegar á la madurez, las diferentes facultades humanas; y el nombre de *discípulo* se da, en sentido estricto, al niño ó al joven, sometidos á un régimen educador.

Esta parte de nuestros estudios tiene que principiar por el de la naturaleza y el de las potencias humanas. Por fortuna, ya habéis estudiado largamente la materia en las aulas de Filosofía. Aquí nos bastará recordar en compendio, lo que por extenso aprendisteis en años anteriores; y lo que os diré será suficiente para los maestros de fuera que hojeen estas lecciones, si alguna vez llegan á publicarse.

Conocéis mi criterio en materias filosóficas. Sumisión humilde y absoluta á las infalibles enseñanzas de la fe católica; de ahí en adelante, investigación libre de la verdad humana, siguiendo el espíritu y conformándome con la mente de mi maestro Santo Tomás de Aquino. Digo *el espíritu*, digo *la mente* del egregio Doctor; no la letra de sus

